

La santificación, una asociación con Dios

Filipenses 2:12-18

Pastor Tim Melton

¿Has estado alguna vez en una situación en la que has hecho todo lo posible para vivir la vida cristiana, pero te das cuenta de que no tienes la fuerza suficiente para ser santo? Quizá es por la ira, la pornografía, el exceso de comida, o el exceso de compras. O quizá es por los celos, los chismes, la preocupación o la codicia. Has tratado con todas tus fuerzas de vivir correctamente, pero no funcionó.

Quizá otros han intentado el enfoque contrario. Se sientan a esperar por fe que Dios los libere del pecado, pero no hacen ningún esfuerzo por huir de la tentación, por atesorar la Palabra de Dios en su corazón, por velar y orar, por confesarse el pecado unos a otros, por meditar en Su Palabra, o por desechar todo lo que estorba y el pecado que tan fácilmente nos atrapa. Aparte de esperar por fe, ignoran todas las instrucciones de Dios para vivir una vida santa. Pero cuando son vencidos por la tentación, se preguntan por qué Dios no los libró.

Esto nos lleva a la siguiente pregunta: ¿Es nuestra responsabilidad vivir una vida santa o es responsabilidad de Dios? Este pasaje de Filipenses nos da una de las respuestas más claras a esta pregunta de toda la Escritura.

Pablo comienza la porción de la Escritura de hoy con "Así que". Eso deberíamos tomarlo siempre como una señal para que miremos los versículos previos. Pablo acababa de hablar de la unidad a través de la humildad. Había exhortado a los de la iglesia de Filipos a tener...

² el mismo pensar, alimentando el mismo amor, viviendo en armonía, compartiendo los mismos sentimientos. ³ No hagáis nada por egoísmo o vanagloria; al contrario, sed humildes y considerad que los demás son mejores que vosotros. ⁴ Que cada uno busque no su propio provecho, sino el de los otros.

Para dejar bien claro este punto, Pablo dio el ejemplo de la humildad de Cristo. Jesucristo era el Rey de reyes y Señor de señores, el perfecto Hijo de Dios, que había dejado su legítimo hogar en el cielo y había venido a la tierra para convertirse en uno de nosotros, para poder morir en nuestro lugar y pagar por nuestro pecado. Por la humildad de Cristo, en Filipenses 2:9-11 leemos lo siguiente:

⁹ *Por eso Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre,*
¹⁰ *para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo y en la tierra y debajo de*
la tierra, ¹¹ *y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.*

¹² *Así que, mis queridos hermanos, como habéis obedecido siempre —no solo en mi*
presencia, sino mucho más ahora en mi ausencia— llevad a cabo vuestra salvación con
temor y temblor, ¹³ *pues Dios es quien produce en vosotros tanto el querer como el hacer*
para que se cumpla su buena voluntad.

Si Cristo pudo descender de Dios a los hombres, los filipenses seguramente podrían condescender, transigir, unos con otros. Cristo vino a la tierra y vivió y murió como si su vida fuera menos importante que la de ellos. Murió para que pudieran vivir. Ese es el evangelio que los reconcilió con Dios, y el evangelio que ahora los llamaba a hacer lo mismo por otros.

Ahora, el haber sido bendecidos con tal inmerecida gracia, se suponía que los obligaría a hacer lo mismo. Esa era la razón del "Así que" de Pablo.

Vemos, en el versículo 12, que los filipenses ya tenían una historia de obediencia a Dios mientras Pablo estuvo con ellos. Ahora Pablo los llamaba a obedecer a Dios incluso cuando él, su padre espiritual, no estaba con ellos.

Es el signo natural de la madurez, incluso para los niños. Muchos niños son capaces de obedecer cuando sus padres están allí vigilando, recordando las normas y disciplinando, pero solo los niños maduros son capaces de seguir obedeciendo cuando su madre y su padre no están cerca.

Pablo pasa a describir su obediencia con dos frases que parecen contradecirse: ***"llevad a cabo vuestra salvación con temor y temblor, pues Dios es quien produce en vosotros tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad."***

El versículo 12 hará que algunas personas se pregunten: "¿Está diciendo Pablo que tenemos que ganarnos la salvación con buenas obras?" No. La frase "llevad a cabo vuestra salvación", trabajad vuestra salvación, sería similar a decir, "averigua cómo vivir tu nueva vida de salvación".

Podría ser similar a una mujer joven que ha sido víctima de la trata de personas desde que era una niña y finalmente se libera de esa vida de esclavitud. Ahora es una persona libre, pero no sabe cómo vivir en libertad. Será un largo viaje de curación mientras otros cuidan de ella y le enseñan a caminar por la vida como persona libre.

La vida cristiana es similar. En el momento de la salvación, el creyente es perdonado y considerado santo. Es una verdad digna de alabanza, pero cada uno de nosotros es muy consciente de que todavía pecamos. Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Somos santos o no lo somos? La respuesta es "ambas cosas". Estamos viviendo entre el "ahora y el todavía no". Ya no somos esclavos del pecado. Ahora somos hijos de Dios, pero aún no sabemos cómo vivir en medio de la libertad y las riquezas espirituales que ahora poseemos.

Desde que estamos en Cristo, somos contados como santos, pero funcionalmente hay áreas de nuestras vidas que no son, todavía, santas. Mientras continuamos a través de los años de nuestra

vida cristiana, creceremos en santidad y semejanza a Cristo. La santidad de nuestras vidas gradualmente estará más y más de acuerdo con nuestra identidad de santidad.

Trabajar en nuestra salvación no es solo calcular el comienzo de la vida cristiana. La palabra en el idioma original significaba trabajar hasta alcanzar la plenitud. No te conformes con una salvación que solo te lleve a la familia de Dios y nada más. Trabaja para obtener el beneficio completo de la salvación que transforma y da paso a la vida abundante de la que habló Jesús en Juan 10:10. Es algo que va en paralelo a la obra de Dios en nuestra vida a la que se refiere el capítulo 1, versículo 6: ***“Estoy convencido de esto: el que comenzó tan buena obra en vosotros la irá perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús.”***

Estamos trabajando en nuestra salvación. Estamos aprendiendo a vivir esta nueva vida, y a medida que lo hacemos nos vamos pareciendo más a Cristo. Este proceso de aprender a vivir la santidad que tenemos en Cristo se llama "santificación". A medida que los filipenses aprendían más sobre el evangelio, su belleza y su nueva identidad en Cristo, estaban más preparados para vivir el evangelio con los demás creyentes de la iglesia.

Se trata de un trabajo de salvación que se basa en el temor y el temblor. Otra forma de decir esto es: "lleva a cabo tu salvación con temor y total dependencia de Dios". Es darse cuenta de que incluso en medio de nuestro trabajo, la salvación de principio a fin es una obra milagrosa de Dios en nuestras vidas.

Por un lado se supone que nosotros, como cristianos, debemos obedecer, vivir por fe, amarnos unos a otros, atesorar la Palabra de Dios en nuestro corazón, buscar primero a Dios, confesar el pecado, perdonarnos unos a otros, y tantos otros mandamientos que encontramos en las Escrituras. A menudo vivimos como si la vida cristiana dependiera de nosotros, de nuestra disciplina, de nuestro compromiso, de nuestro esfuerzo y de nuestra bondad. Pero ¿cuántas veces hemos intentado ser santos con nuestras propias fuerzas y hemos fracasado?

Se podría pensar que la muerte de Cristo en la cruz debería haber sido suficiente para motivarnos. Que recibir una nueva naturaleza debería haber sido suficiente. Que ser perdonados debería haber sido suficiente. Que tener la Palabra de Dios debería haber sido suficiente. Que ser amados incondicionalmente debería haber sido suficiente para que caminemos en santidad por nuestra cuenta, pero no lo es.

Tenemos que trabajar en nuestra propia salvación, pero gracias a Dios por el siguiente versículo que se centra en el otro lado de la vida cristiana:

En los versículos 12-13 se dice: ***“llevad a cabo vuestra salvación con temor y temblor, pues Dios es quien produce en vosotros tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad.”***

Entonces, ¿llevamos nosotros a cabo el trabajo de santificación en nuestras vidas para ser más santos, o lo hace Dios? Ambos. Ya hemos leído que los filipenses necesitaban obedecer. Necesitaban vivir el amor desinteresado del evangelio hacia los demás. Cada creyente tenía claramente responsabilidades espirituales mientras crecía en Cristo. Pero, el versículo 13 dice que ***“Dios es quien produce en vosotros tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad.”***

La palabra que Pablo utiliza aquí para referirse a **producir** siempre se usa para describir la obra de Dios. También se utiliza siempre para describir un trabajo que cumple su objetivo. Ese es nuestro estímulo. Dios completará la obra del evangelio en las vidas de aquellos que son verdaderamente suyos. Nada impedirá que Dios termine lo que ha comenzado en nuestras vidas.

La Biblia explica claramente que Dios está trabajando. En Juan 5:17, Jesús dijo que Dios siempre está trabajando. Romanos 8:28 habla de como Dios obra todas las cosas para el bien de los que le aman y son llamados según su propósito. A lo largo de las Escrituras vemos a Dios trabajando en la vida de las personas para hacer crecer su fe, humillar sus corazones, convencerlos de pecado, sanar sus heridas, perdonar sus pecados, proveer para sus necesidades, iluminar sus tinieblas, aconsejarlos en su confusión, protegerlos de los ataques, darles un propósito, guiarlos a la verdad, concederles una nueva vida, usarlos para Su gloria.

Es Dios el supremo orquestador de nuestra santificación. Es Dios quien está trabajando en nuestras vidas para supervisar el proceso de nuestra salvación.

En Juan 5:17, Jesús habla de como Dios Padre siempre está trabajando. Dos versículos después, Jesús afirma que Él solo hace lo que ve hacer al Padre.

Esta es una de las imágenes más claras que tenemos del proceso de santificación. Al igual que los filipenses, estamos llamados a trabajar en nuestra salvación con temor y temblor. Además, con un corazón sumiso, debemos humillarnos ante los actos de Dios en nuestras vidas. Como la arcilla en manos del alfarero, permitamos que Dios nos forme como el recipiente que Él desea que seamos.

Sí, hay un papel que debemos desempeñar, pero la Escritura afirma que es Dios quien ya ha prometido hacernos como Jesús.

No nos enfademos con los desafíos de la vida, sino recibamos tanto lo bueno como lo malo que ella nos trae, con la confianza de que cada uno de ellos es una herramienta en la mano de Dios para ayudarnos a "llevar a cabo nuestra salvación". Solo entonces empezaremos a vivir del Evangelio, a darnos cuenta del don que se nos ha concedido y a humillarnos ante los demás, como hizo Cristo con nosotros. Pablo continúa explicando:

¹⁴ Hacedlo todo sin quejas ni contiendas, ¹⁵ para que seáis intachables y puros, hijos de Dios sin culpa en medio de una generación torcida y depravada. En ella brilláis como estrellas en el firmamento, ¹⁶ manteniendo en alto la palabra de vida.

Pablo les dio ejemplos concretos de cómo debía ser la obediencia en su situación. Debían hacer todas las cosas sin quejas ni disputas.

Esta palabra **queja** era la misma que, traducida, se utilizaba para describir, en palabras de William Barclay, *"las murmuraciones rebeldes de los hijos de Israel contra Moisés"* durante su peregrinaje por el desierto (Ex. 15:24; Ex. 16:2; Núm. 16:41). Barclay continúa diciendo que *"describe el murmullo bajo, amenazante y descontento de una turba que desconfía de sus líderes y está a punto de sublevarse"*.

La queja tiene sus raíces en el descontento y la rebelión. No nos salimos con la nuestra y nos quejamos. Es algo egoísta, codicioso. A menudo crítico y manipulador.

Esta no tenía que ser la actitud de los filipenses. A medida que eran conscientes de cómo funcionaba su salvación y de todos los beneficios que ahora tenían en Cristo, las quejas no tenían cabida, y las disputas ya no eran necesarias. El contentamiento, la gratitud y el desinterés debían caracterizar la vida de los cristianos filipenses.

El objetivo era que fueran irreprochables e inocentes, sin mancha.

La palabra **puro** también se usaba para describir un metal que no tenía impurezas. Nos recuerda cuando Jesús vio a Natanael acercarse a él, en Juan 1:47: **"Aquí hay un verdadero israelita, en quien no hay falsedad."** La palabra **intachable** se usaba para describir el cordero perfecto que se requería para los sacrificios en el altar de Dios. Los corderos con cualquier tipo de mancha, dolencia o impedimento no podían ser sacrificados a Dios. Ese es nuestro objetivo. Que Dios siga refinando, sanando y purificando, eliminando nuestros motivos impuros y nuestro egoísmo. Que podamos dar nuestras vidas como un sacrificio vivo para su gloria.

Pablo sigue hablando de la santificación. Para que los filipenses puedan vivir vidas santas en medio de una generación torcida y depravada. La palabra **santo** en realidad significa "llamado o apartado para un propósito". A medida que trabajaban en su salvación y Dios trabajaba en sus vidas, claramente se convertirían en un pueblo apartado. Serían diferentes a los demás en el mundo que les rodeaba.

Así es como debemos ser nosotros también. A medida que Dios trabaja en nosotros y nos capacita para llevar a cabo nuestra salvación, nosotros también nos convertiremos en personas apartadas. Seremos diferentes. Nuestros deseos, nuestras metas, nuestras actitudes, nuestra forma de pensar, nuestras vidas, estarán en marcado contraste con los que nos rodean.

Pero ese era el objetivo de Pablo para ellos. Que mientras los filipenses vivían vidas santas, en medio de una generación torcida y depravada, sus luces brillaran en un mundo oscuro, según se aferraban a la palabra de vida. Era este resultado, este avance del reino, a través de estas preciosas personas, lo que Pablo anhelaba. Pablo concluye esta sección de la Escritura con estas palabras:

Así en el día de Cristo me sentiré satisfecho de no haber corrido ni trabajado en vano. ¹⁷ Y, aunque mi vida fuera derramada sobre el sacrificio y servicio que proceden de vuestra fe, me alegro y comparto con todos vosotros mi alegría. ¹⁸ Así también, alegraos y compartid vuestra alegría conmigo.

Pablo buscaba un buen final. Haber servido a Dios y a su pueblo de una manera que diera fruto duradero. Que, en ese día, cuando Pablo estuviera ante Cristo, estuviera satisfecho y feliz de la cosecha eterna que había obtenido de su trabajo. Poder mirar a las iglesias a las que había servido y regocijarse en su salvación y servicio perdurable al evangelio de Jesucristo. Esa era la esperanza de Pablo, pero el resultado solo se confirmaría a través del tiempo y las pruebas.

En la parábola del sembrador que se encuentra en Mateo 13, Jesús cuenta como una persona puede afirmar estar en Cristo, pero es el efecto perdurable en el tiempo el que dejará claro si realmente pertenecía a Cristo.

Jesús dijo: Algunos *“oyen la palabra y la reciben con alegría, pero no tienen raíz y, por tanto, duran poco tiempo. Cuando surgen problemas o persecución a causa de la palabra, en seguida se apartan de ella.”* Otros *“oyen la palabra, pero las preocupaciones de esta vida, el engaño de las riquezas y muchos otros malos deseos entran hasta ahogar la palabra, de modo que esta no llega a dar fruto.”* Cada uno de estos ejemplos parecerían estar en la fe, pero el tiempo y la prueba revelaron que no estaban en Cristo en absoluto. La semilla que fue *“sembrada en buen terreno: oyen la palabra, la aceptan y producen una cosecha que rinde el treinta, el sesenta y hasta el ciento por uno.”* Esta era la cosecha perdurable que Pablo anhelaba ver entre los filipenses.

Pablo estaba dispuesto a pagar el máximo sacrificio por este fruto eterno. Dispuesto a dar su vida en sacrificio por la fe de los filipenses, si eso era lo que había que hacer. Pablo, incluso en medio de estos pensamientos ejemplares, llega una vez más a un momento de alegría. A pesar de la prisión y las cadenas, Pablo seguía regocijándose con sus compañeros creyentes de Filipos, que compartían las buenas noticias de Jesucristo y permanecían fieles a Él. Junto a Dios, Pablo había trabajado su salvación hasta el punto de encontrar un gozo que era más precioso que la vida misma. Su alegría era duradera porque su enfoque era Cristo y sus deseos ahora reflejaban los de su Padre celestial.

Terminemos con esta imagen:

Trabajar en la salvación de uno es similar a una relación padre-hijo. Al principio, el Padre hace mucho y el hijo hace poco. Las decisiones, acciones y elecciones son hechas por el Padre, y el único papel del niño es obedecer. A medida que el niño crece, se familiariza con el carácter y la sabiduría del Padre. Sigue siendo una empresa conjunta, pero debido a que la voluntad del Padre se ha convertido cada vez más en una parte del carácter y los deseos del hijo, la voluntad del Padre se lleva a cabo sin tener que rendirle cuentas constantemente o pedirle permiso. El hijo crece hasta convertirse en un adolescente y toma más iniciativa, más decisiones y más acciones basadas en lo que el Padre haría. La rebelión y las impurezas han sido refinadas, según el niño ha crecido para andar en los caminos del Padre. Sigue siendo una empresa conjunta, pero los papeles han evolucionado. El niño se ha convertido en un joven adulto que cree y ve la legitimidad de los caminos del Padre. La dirección y la instrucción, que antes solo podían conocerse preguntando al Padre, ahora llegan de forma natural porque el hijo conoce a fondo los caminos del Padre.

Lo mismo ocurre con nosotros cuando somos jóvenes en la fe. Hay que buscar mucho para saber cómo quiere Dios que vivamos en una situación determinada. A medida que nos familiarizamos con el carácter de Dios y los caminos de Dios, comenzamos a tomar decisiones piadosas de manera más natural. Poco a poco, nuestro corazón madurará en Cristo, y la confusión que antes provenía de nuestro egoísmo y los caminos del mundo dejará de ser de tanta distracción. Entonces estaremos mejor preparados para reconocer cuándo actuar en obediencia y cuándo esperar en Dios en la situación en la que estemos. A medida que nos deleitamos en Él, Él va transformando nuestros corazones y por tanto los deseos que guían la forma en que vivimos nuestras vidas.

Con esto en mente, recuerda que Dios siempre está trabajando y que Dios obra todas las cosas para el bien de aquellos que lo aman y son llamados de acuerdo con su propósito. En medio de las situaciones de tu vida, únete a Dios en lo que Él está haciendo y trabaja en tu salvación. Junto con Cristo seremos hechos santos.

Preguntas para la reflexión:

1. ¿Qué te ha parecido más interesante de este sermón?
2. En tus propias palabras, ¿qué significa "trabajar en tu salvación"?
3. ¿En qué se parece esto a la nueva libertad de una mujer que ha sido víctima de la trata de personas?
4. Al hablar de la santidad en la vida de un cristiano, ¿a qué se aplica la frase "el ahora y el todavía no"?
5. En tus propias palabras, ¿qué significa que "Dios está produciendo en ti el que quieras y actúes según su voluntad"?
6. ¿Cómo pueden estas dos frases de las preguntas núm. 2 y núm. 5 trabajar conjuntamente en la vida de uno?
7. Como cristianos, estamos llamados a vivir en unidad con los demás en la iglesia. ¿Cómo podría ayudar a conseguirlo el "entender cómo funciona nuestra salvación"?
8. ¿Qué crees que debes recordar de este sermón?
9. ¿Qué crees que Dios quiere que hagas en respuesta a este sermón? ¿Cómo te podemos ayudar?